

**Sara J. Charles (2024): *The Medieval Scriptorium. Making Books in the Middle Ages.*
Londres: Reaktion Books. 349 pp.
ISBN: 978-1-78914-916-6**

Itziar Capetillo Martínez
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rfrm.101890>

El presente trabajo ofrece un estudio sobre la producción de manuscritos durante la Edad Media europea a partir de la descripción de «las vistas, los sonidos y olores» que los artesanos medievales pudieron haber experimentado durante la elaboración de los libros, desde el desarrollo de la cultura monástica del manuscrito hasta la decadencia de los centros de producción durante la Baja Edad Media. La autora acompaña esta travesía por el mundo del manuscrito medieval con cincuenta y seis ilustraciones (cuarenta y ocho de ellas a color) y con una manera original de introducir cada tema: a cada capítulo le precede un breve relato que sumerge al lector en el ambiente medieval de la creación de los manuscritos.

Ya desde la introducción (pp. 11-18) la autora plantea que el objetivo del libro es resolver la siguiente duda: ¿la imagen romántica de los *scriptoria* medievales que tenemos en la actualidad se corresponde con la realidad medieval? Aunque sea este el tema central del tercer capítulo del volumen, lo cierto es que se trata de una duda a la que la autora hace referencia en no pocos apartados del libro.

El primer capítulo (pp. 19-56) trata sobre los inicios del manuscrito. Tras un breve repaso por la historia de la escritura, Sara J. Charles afirma que el nacimiento de los códices va de la mano del desarrollo del cristianismo. Fueron los primeros cristianos los que, a partir del siglo II, comenzaron a compilar códices, primero en papiro y a partir del siglo IV en pergamino. Con el códice plenamente integrado en la religión cristiana y con la práctica de la escritura fácilmente incorporada y aceptada como parte de la vida religiosa, los monasterios (primero en el este europeo y algo más tarde en la zona occidental) no tardaron en convertirse en centros de aprendizaje, educación y producción de libros.

El segundo capítulo (pp. 57-110) ofrece una panorámica de la difusión de los monasterios y de la cultura del manuscrito desde el este europeo al oeste. Un viaje circular que nos lleva desde Egipto y Judea, pasando por Roma, hasta Irlanda, y con los misioneros irlandeses devolviendo de nuevo la cultura manuscrita hasta el corazón de Europa. La autora muestra cómo los misioneros irlandeses fundaron durante los siglos VI y VII monasterios en Inglaterra y Francia que fueron líderes en el desarrollo y en la innovación de la producción manuscrita. Fueron, en efecto, estos copistas irlandeses los que idearon una nueva escritura y una decoración que aún hoy nos sigue asombrando. Mientras lo anterior ocurría, la autora expone cómo se estaban desarrollando las escrituras regionales y cómo, más pronto que tarde, el imperio carolingio desarrollaría su escritura, la carolingia, que tanto éxito tendría a lo largo del continente. Durante los últimos siglos del primer milenio, los *scriptoria* se establecieron finalmente en los monasterios; unos centros en los que se fue produciendo cada vez más volumen de manuscritos, con un aumento de calidad y una mejora en las habilidades artísticas de los copistas, que ya se encontraban compilando los primeros manuscritos iluminados.

Con respecto al tercer capítulo (pp. 111-160), la autora muestra que la imagen de un *scriptorium* amable, cálido y ordenado en el que se respiraba un ambiente de trabajo, concentración y sabiduría responde más a la ficción que a la realidad. De hecho, Sara J. Charles incide en que lo más probable es que el claustro funcionara como un espacio de trabajo para los copistas. Asimismo, la autora nos acerca al modo de vida de los amanuenses a partir de los comentarios que ellos mismos dejaban en los márgenes de los manuscritos, mostrándonos con éxito el lado más humano de los escribas.

El cuarto capítulo (pp. 161-191) nos introduce en los materiales y métodos empleados para la elaboración del manuscrito; aspectos y prácticas que son una extensión de lo que ya se había desarrollado durante la Antigüedad. Sara J. Charles se detiene en el proceso de preparación del pergamino y del cuero, en la

introducción del papel en Europa, en aspectos relacionados con la tinta y las plumas de escritura y, finalmente, en el acondicionamiento del propio pergamino para la escritura.

El quinto capítulo (pp. 192-234) está dedicado a la iluminación y la pintura. Se dejaban amplios espacios libres por parte de los amanuenses para indicar los lugares a iluminar. Sin dudar de las brillantes habilidades de los artistas, la autora también sugiere la posibilidad de que recurrieran a la copia de modelos. De hecho, que hayan sobrevivido libros de ejemplos como ayuda a la formación de los artistas nos indica que Charles puede que no vaya muy desencaminada en su reflexión. A partir de aquí, Sara J. Charles analiza y describe el proceso de iluminación, haciendo hincapié en la importancia del oro, así como en el proceso de pintura, mostrando que el mundo medieval estaba lleno de color y que la paleta medieval fue cambiando a lo largo de los años. Habiendo dejado esto claro, la autora se dispone a relatar cómo se conseguían los tonos y colores más comunes (desde los rojos y naranjas hasta los negros y blancos) para pasar a describir las herramientas empleadas por los artistas iluminadores, así como el proceso de encuadernación de los códices, sus distintos tipos y su evolución desde los primeros tiempos del cristianismo.

El capítulo número seis (pp. 235-274) trata sobre cómo se desarrolló y cambió la producción de los manuscritos a partir del siglo *x* y hasta el fin del periodo medieval europeo. Estos siglos produjeron grandes cambios en la industria del códice por la popularización del uso del papel frente al pergamino, por la introducción de nuevos estilos artísticos, nuevas técnicas de iluminación y de diseño de imágenes, por la explosión intelectual del siglo *xiii* conocida como el Renacimiento del siglo *xii* y, sobre todo, por el aumento de la demanda de manuscritos: el desarrollo de las ciudades y el aumento de estudiantes con necesidad de tener, en efecto, libros a causa del nacimiento de las universidades produjo el surgimiento de un fuerte artesanado dedicado a la industria del libro; una industria que también se vio beneficiada por el surgimiento de una nueva moda: la élite deseaba tener libros en propiedad (salterios, libros de horas...) que se convirtieron en un regalo popular entre los de su misma clase. La nueva estética del románico y los cambios en la escritura con la introducción de nuevas tipologías y el abandono de la carolina también tuvieron su efecto en la realización de los códices. Todo lo anterior, como apunta la autora, convirtió al románico en una de las más excitantes épocas para la historia del libro, convirtiendo la producción del manuscrito en todo un exitoso negocio. Pese a este progreso, más pronto que tarde aparecerían los primeros indicios del declive en la producción de códices.

El séptimo capítulo (pp. 275- 309) trata sobre el final de los *scriptoria*. Para el siglo *xiiii* los negocios de artesanos dedicados a la industria del libro estaban firmemente establecidos y completamente diferenciados del *scriptorium* monástico. Además, las escrituras continuaron evolucionando, se introdujo el gótico y el arte de los manuscritos se vio, por supuesto, influenciado por este nuevo estilo. Con todo, Sara J. Charles muestra cómo la innovación en la producción de manuscritos se ralentizó hacia el fin del periodo medieval, probablemente porque no había mucho más en lo que mejorar. De hecho, la llegada de la escritura humanística a principios del siglo *xv* fue el último evento significativo de la producción de manuscritos. Sin embargo, los monasterios seguían produciendo códices, por mucho que los talleres de artesanos independientes ya se hubieran establecido en las ciudades universitarias y se hubieran convertido en la mayor fuente de producción. Pero todo cambiaría a mediados del siglo *xv* con la invención de la imprenta de tipos móviles de Johannes Gutenberg y con la posibilidad de imprimir prácticamente cualquier texto a demanda y a una escala jamás vista antes.

Como conclusión, la autora incide en que probablemente hayamos perdido el concepto de libro que se tenía en tiempos medievales al dejar atrás el modo artesanal en el que se concebían los libros. ¿Cómo se sentirían aquellos monjes, particularmente en los primeros monasterios, al saber que todos los materiales necesarios para crear un libro desde cero eran de cosecha propia? Todos aquellos ingredientes naturales al alcance del copista transformados en materiales para la escritura para escribir la palabra de Dios tuvieron que haber generado en ellos una espectacular conexión con el mundo natural que los rodeaba. Como bien apunta Sara J. Charles, hoy en día estamos necesitados de recuerdos de nuestro pasado en una forma tangible para lograr una conexión física con aquellos trabajadores y con su entorno. Que los manuscritos hechos con tanto mimo y cuidado hayan sobrevivido hasta hoy es un regalo que debemos aprovechar y valorar. El trabajo de Sara J. Charles consigue, con éxito, aproximar al lector a ese pasado, lo que convierte a este libro en un compañero idóneo para todo aquel que alguna vez ha contemplado los tiempos medievales con curiosidad, interés y afecto.